

Soleiman

Por Miguel Ángel Rodríguez
Delegado de Información de Cruz Roja Española en Balakot, Pakistán

Sus ojos, grandes como platos, miran como un viejo que acaba de enviudar, perdido en la más profunda de las soledades del que nunca ha estado solo.

Pero Soleiman tiene apenas nueve años, recién cumplidos. Aparece en la clínica de Cruz Roja coronado por un vendaje precario, cubriendo una herida del 8 de octubre. La escuela, como él nos dice, se le cayó encima. Cree que sus compañeros siguen ahí, bajo los escombros.

La herida es importante, pero no tendrá mayores consecuencias. Es un pequeño héroe. Nuevo vendaje, palabras de cariño, un poco de afecto, eso basta para que Soleiman, con voz ahogada pero esbozando una sonrisa corta, nos diga repetidas veces “!Sucría, Sucría!”, “gracias, gracias” en su lengua materna.

Se levanta de la silla donde le atienden y comienza a tender la mano a las enfermeras que le tratan. Saluda y agradece con afecto real, con gratitud sincera, como sólo los niños pueden hacer.

Mientras estrecha las manos, Soleiman sigue con el rabillo del ojo a su padre, sentado junto a él. Arrugado y ennegrecido por los días a la intemperie, nos explica que su hijo fue uno de los pocos supervivientes de una de las escuelas de Balakot que se derrumbó por completo durante el terremoto. No queda nada en pie en toda la ciudad.

Antes del seísmo, Soleiman tenía cinco hermanos y una hermana. Y ya nadie le pregunta si sabe qué fue de ellos.

Balakot, 21 de octubre de 2005

